

# Estados Unidos: una mirada desde el pensamiento crítico en Nuestra América\*

## United States: A Look from Critical Thinking in Our America

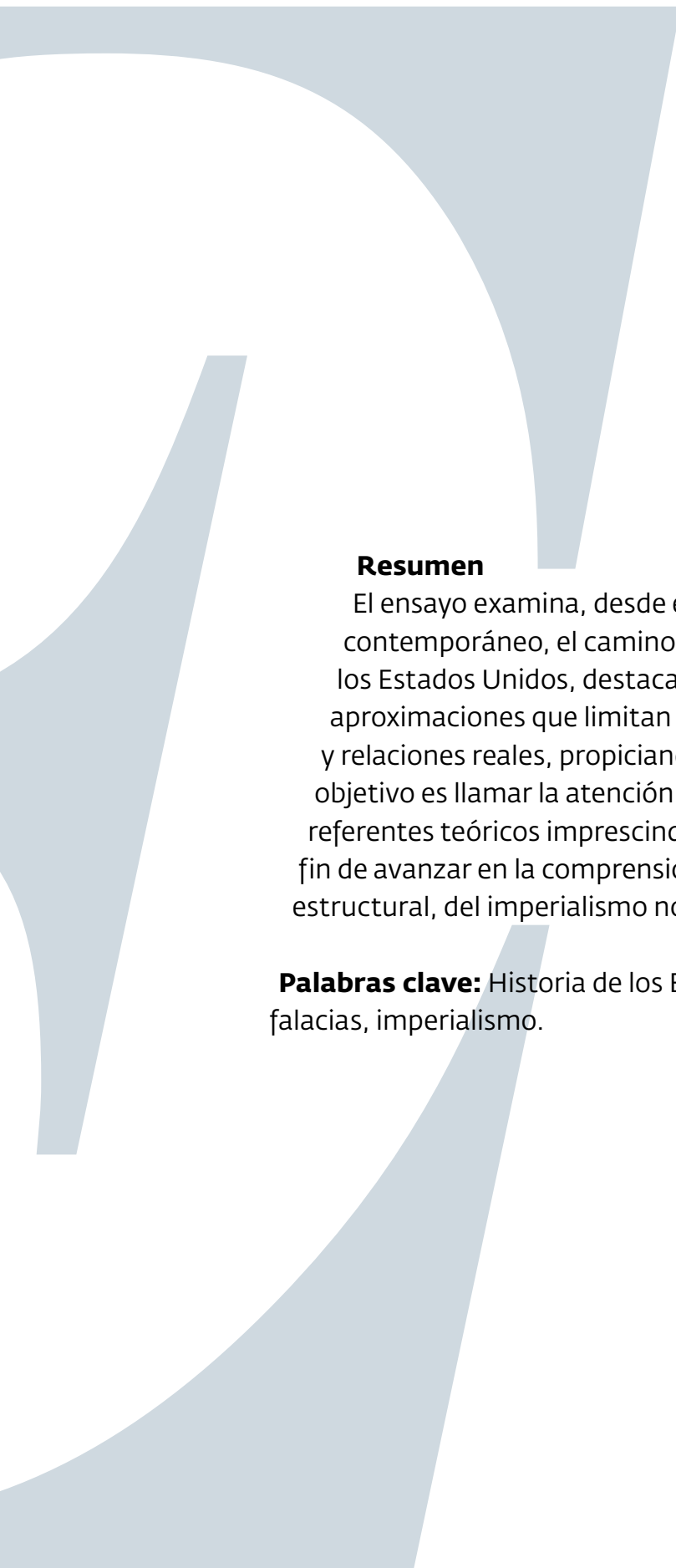
\*Texto utilizado como base de la presentación realizada por el autor en la sesión “Estados Unidos. Presente, pasado y futuro de un Imperio”, en el espacio Diálogos en Red, organizado por la Red de Intelectuales, Artistas y Movimientos Sociales en Defensa de la Humanidad y la Editorial Nuevo Milenio, el 25 de octubre de 2022.

### **Dr. C. Jorge Hernández Martínez**

Sociólogo y politólogo cubano. Doctor en Ciencias Históricas. Profesor e Investigador Titular del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU). Presidente de la Cátedra “Nuestra América”, Universidad de La Habana.

e-mail: [jhernand@cehseu.uh.cu](mailto:jhernand@cehseu.uh.cu)

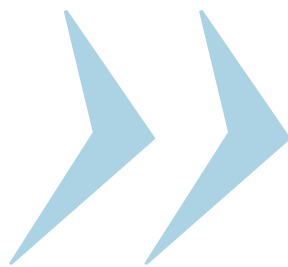
Número ORCID: 0000-0001-7264-6984



### **Resumen**

El ensayo examina, desde el pensamiento crítico latinoamericano contemporáneo, el camino recorrido en el estudio e interpretación de los Estados Unidos, destacando las principales limitantes de no pocas aproximaciones que limitan el conocimiento de fenómenos, procesos y relaciones reales, propiciando falacias, mitos y estereotipos. Su objetivo es llamar la atención sobre algunas claves metodológicas y referentes teóricos imprescindibles, desde una perspectiva marxista, a fin de avanzar en la comprensión, con una mirada holística, histórica y estructural, del imperialismo norteamericano.

**Palabras clave:** Historia de los Estados Unidos, mitos, verdades, falacias, imperialismo.



---

**Abstract**

*The essay examines, from contemporary Latin American critical thought, the path traveled in the study and interpretation of the United States, highlighting the main limitations of many approaches that limit the knowledge of real phenomena, processes and relationships, promoting fallacies, myths and stereotypes. Its objective is to draw attention to some essential methodological keys and theoretical references, from a Marxist perspective, in order to advance in the understanding, with a holistic, historical and structural perspective, of U.S. imperialism.*

**Key words:** U. S. History, myths, truths, fallacies, imperialism.





*“Es preciso que se sepa en Nuestra América la verdad de los Estados Unidos”.*

(José Martí, La verdad sobre los Estados Unidos)

## Introducción

**L**os Estados Unidos han dejado de ser hace tiempo lo que eran y lo que, en el imaginario tradicional universal —incluido el que expresa la propia cultura de ese país— se consideraba que era. Para quienes han seguido afe-rrados a las falacias e ilusiones basadas en la idealizada visión de verle como el símbolo de la democracia en el país y de la lucha en favor de ella en el mundo, liberando a pueblos oprimidos, asumiendo como paradigma textos fundacionales como la Declaración de Independencia y la Constitución de Filadelfia, la historia reciente se ha ocupado de demostrar con contundencia lo contrario. El asalto al Capitolio a comienzos de 2021 sería el colofón, a nivel interno, que resumiría el escandaloso proceso electoral del año anterior, al exhibir una profunda crisis de legitimidad que negaba el ideario de los llamados Padres Fundadores. En el plano internacional, las frustraciones y límites que acompañaron en 2022 a la Cumbre de la Democracia y la Cumbre de las Américas

confirmarían la demagogia y la crisis de credibilidad incuestionable de una retórica gubernamental agotada. Los Estados Unidos, han sido, como nación, un pueblo mitológico, creado mitad de sueño y mitad de mentira, que aún sigue tratando de presentarse como una tierra legendaria, cerca ya de dos siglos y medio después de su nacimiento, en 1776.

Convendría recordar una de las expresiones habituales y más difundidas con la cual se identifica a los Estados Unidos, tanto a través de la literatura como de la producción académica y los trabajos periodísticos: *“e pluribus, unum”*, o sea, “de muchos, uno”. Estas palabras describen la confluencia de muchas tradiciones y condiciones que se funden en el crisol histórico en el cual

se produce el temprano desarrollo capitalista y la formación de la nación en ese país. Dicha frase apareció desde que, apenas seis años después de la Revolución de Independencia, el Congreso Continental la aprobó e incorporó, como lema, en el Gran Sello de los Estados Unidos, en 1782. Según lo ha subrayado un criterio especializado, ese es “el sueño y la vocación original de los fundadores de la nación nortea, cuando las Trece Colonias se rebelaron contra la dominación colonial británica. Con esa divisa se expandieron los Estados Unidos por el territorio continental, proclamando la tesis del Destino Manifiesto, sobrevivieron a la Guerra de Secesión y desplegaron posteriormente sus alas de dominación más allá del ámbito hemisférico” (Sánchez-Parodi, 2008: 33). Quizás lo más relevante de dicha valoración sea que, en esencia, refleja la naturaleza contradictoria, diversa, de ese país, evidente en el contraste inevitable que, casi de inmediato, surge ante la conducta expansionista violenta, unilateral, discriminatoria, genocida, imperialista, que dentro y fuera de sus fronteras, define el auge de los Estados Unidos, desde el siglo XIX hasta el XXI. Su carácter multicultural, multiétnico, multirracial, se plasma en el crisol que es más conocido por la palabra correspondiente en idioma inglés, *melting pot*, cuyo acento se pone en la visión edulcorada que presenta esa mixtura de orígenes, colores, lenguas, tradiciones, pertenencias religiosas y políticas, en términos de igualdad de oportunidades. No habría que insistir en que cuando se piensa en los Estados Unidos como la tierra prometida, la frase e *pluribus, unum*, choca de frente con una realidad muy alejada de tal pretensión de igualdad, como la de muchos grupos sociales (latinos, asiáti-

cos, pueblos originarios, hombres de piel negra norteamericanos), fuertemente discriminados. De ahí que sea imperioso reconocer que “la historia de los Estados Unidos está muy ideologizada, pues ha sido escrita en función del grupo blanco, anglosajón, protestante y burgués que ha dominado su existencia (...). Resulta vital conocer la verdadera historia de ese país desde sus mismísimos inicios” (Prieto Rozos, 2008: 66).

Sin embargo, a pesar de esa constatación, lo cierto es que, al contrastar la producción bibliográfica que han generado las instituciones y especialistas que en los Estados Unidos conforman ese cuerpo multidisciplinario de conocimientos conocido como latinoamericanística —o estudios latinoamericanos, que se forja allí luego de la Segunda Guerra Mundial—, con los esfuerzos intelectuales dirigidos a conocer desde América Latina al poderoso Vecino del Norte, la conclusión es bastante obvia. Los Estados Unidos conocen mejor nuestras realidades que nosotros las de ellos. Esa situación quedó bien definida luego de la Segunda Guerra Mundial, cuando la consolidación hegemónica norteamericana implicó, entre otras cosas, la delimitación precisa de América Latina como una relevante zona en lo que consideraban como su traspatio o patio trasero, a partir de su ubicación geográfica y de su significación geopolítica, lo que le convertían en el cinturón de seguridad del imperio en su frontera sur. Por esa razón, desde que en el mundo académico estadounidense surgen los estudios regionales —llamados indistintamente en inglés *area studies* o *regional studies*—, los referidos a Nuestra América reciben una atención destacada, incorporándose a los planes y programas curriculares de las carreras de

ciencias sociales, incluyendo esferas de las ciencias naturales, como la geografía y la ecología, creándose departamentos docentes e institutos de investigación en muchas universidades, así como revistas y editoriales especializadas. Ello respondería a la conciencia de la necesaria institucionalización y profundización del conocimiento científico riguroso sobre el vecindario inmediato situado al sur de la frontera del ya pujante imperialismo estadounidense, estructurado desde comienzos del siglo XX, y ya en pleno proceso de consolidación durante la segunda posguerra.

Los intereses que explicaban esa atención, como es conocido, estaban definidos desde el siglo XIX y se iban plasmando en políticas concretas desde entonces y en los primeros decenios del siguiente. La significación de América Latina para los Estados Unidos era clara, desde que propició la articulación formal, en 1823, de la primera doctrina estadounidense de política exterior (la Monroe), que arribará pronto, en 2023, a su bicentenario, y luego de otras, como la del “Buen Vecino”, formulada en 1933, que entonces cumplirá su nonagésimo aniversario. En el trayecto histórico implicado se registran, además, importantes hitos en configuración de los mencionados intereses. Convendría recordar al menos la atención que le dedican a Cuba, al configurarse la teoría de la gravitación política, que sirvió de base a las concepciones de la llamada “fruta madura”, en el mismo período que nace la Doctrina Monroe, el proceso expansionista que despoja a México de buena parte de sus territorios, como expresión concreta de la aplicación del viejo Destino Manifiesto, en 1848, y el nacimiento de las ideas del Panamericanismo, entre 1889 y 1890.

De modo que el conocimiento y entendimiento de los Estados Unidos desde la región no responde a motivaciones derivadas de la curiosidad intelectual o erudición cultural, sino a imperativos de sobrevivencia, independencia, seguridad e identidad nacional.

Aunque los próceres hicieron tempranas llamadas de alerta —Simón Bolívar en su carta al Coronel Campbell en 1829, al advertir el peligro que representaban los Estados Unidos, al expresar que parecían destinados a plagar de miseria a nuestros países en nombre de la libertad, y José Martí en 1891, al prevenir en su ensayo *Nuestra América* las amenazas del naciente imperialismo, con la alusión metafórica a la maldad en el cuento infantil *Pulgarcito*, de Charles Perrault, refiriéndose al imperio como “el gigante de las siete leguas”—, las luchas antimperialistas en América Latina no han estado acompañadas por un desarrollo sistemático, suficientemente profundo y actualizado en el siglo XX del conocimiento científico sobre los fenómenos que han tenido lugar dentro de ese país (la lógica del funcionamiento de su economía, de su sistema político, su dinámica social e ideológica, del proceso de formulación de la política exterior y de toma de decisiones). No se trata, desde luego, de que no se haya reflexionado sobre tales temas. Existe un sinnúmero de obras que de un modo u otro abordan al imperialismo y su sistema de dominación en su relación histórica con América Latina, que se ha ido incrementando en los últimos veinte años, con aproximaciones desde el pensamiento crítico latinoamericano y universal, con aportes sustanciales, necesarios, pero no suficientes. En otros casos, se advierte cierta carencia o déficit del necesario enfoque

científico-investigativo o de la actualización requerida. Aunque útiles, sin embargo, la complejidad, el dinamismo y las mutaciones en los métodos de injerencia de la política estadounidense hacen imprescindible la multiplicación de tales esfuerzos, sobre todo porque desde que finalizó el siglo XX, transcurridas las dos primeras décadas del XXI, el imperialismo norteamericano ha experimentado cambios relevantes desde el punto de vista de su anatomía y actuación. Si bien se registran continuidades, deben comprenderse en su relación dialéctica con los cambios que han tenido lugar, tanto en sus procesos internos como en sus expresiones externas y en su lugar en el mundo. De ahí la importancia de mirar a los Estados Unidos desde Nuestra América. Recuérdese que la región propició la articulación formal, en 1823, de la primera doctrina estadounidense de política exterior (la Monroe), que arribará pronto, en 2023, a su bicentenario, y luego de otras, como la del “Buen Vecino”, formulada en 1933, que entonces cumplirá su nonagésimo aniversario.

Atendiendo a lo planteado, el presente ensayo expone reflexiones acerca del camino recorrido en el estudio e interpretación de dicha nación, aunque no lo hace desde un punto de vista narrativo, sino sintetizando lo fundamental de los enfoques principales y especialmente, sus implicaciones negativas —como limitantes del conocimiento de fenómenos, procesos y relaciones reales, propiciando falacias, mitos, estereotipos—, con la intención de proponer ciertas claves metodológicas que convendría considerar y de llamar la atención sobre referentes teóricos imprescindibles, desde una perspectiva marxista, basada en el pensamiento crítico, a fin de avanzar en el conocimiento

objetivo, verdadero, del imperialismo norteamericano, con una mirada holística, totalizadora, capaz de reflejar con una visión de conjunto las interrelaciones entre los diferentes niveles estructurales, procesos y fenómenos que configuran a los Estados Unidos como formación económico-social, y que a la vez perciba el desenvolvimiento dialéctico e histórico que le define como nación a lo largo del tiempo, desde su nacimiento hasta el presente, en su continuidad, cambios y contradicciones.

## Premisas

En un conocido pasaje, muy citado e ilustrativo acerca de la sociedad norteamericana, Martí señaló que había vivido en las entrañas del monstruo y lo conocía muy bien. Sus apreciaciones, plasmadas en los diversos para periódicos y ensayos que escribió hacia finales del siglo XIX dejaban claro lo que llamó la necesidad de conocer la verdad sobre los Estados Unidos (Martí, 1975: 291).

A pesar de esas advertencias decimonónicas, en el siglo XXI persisten esquemas y falacias, diluyéndose en los imaginarios la figura caricaturesca, satírica, del Tío Sam en medio de la banalidad de películas, seriales televisivos y dibujos animados, que refuerzan las visiones de superhéroes y los beneficios del *american way of life*. Mirar a los Estados Unidos desde Nuestra América supone hacerlo desde las condiciones históricas en que se lleva a cabo su proceso de configuración y desarrollo, atendiendo a sus definiciones históricas, a su proyección económica, geopolítica y cultural, sin lo cual no podría pretender la hegemonía. En la medida en que esa aproximación intelectual es de índole científica, se impone garantizar su ob-

jetividad, Para ello es útil la advertencia que precisa. “Torpe y fútil es hoy profesar menosprecio a hombres y cosas de los Estados Unidos, sin reconocer esfuerzos ni méritos, sin distinguir épocas y circunstancias. Tal animadversión es infantil y absurda. Pero si la yanquifobia es condenable, también lo es la yanquilatría. Mientras unos sólo perciben lo rescatable, otros captan nada más que las pestilencias y sus prejuicios —que culminan con los odios políticos y nublan la vista con pasiones admirativas o desdeñosas—, impidiendo todo examen veraz” (San Martín, 2006).

Sobre esa base, es imprescindible contribuir al estudio e interpretación de los Estados Unidos, concientizando la importancia y urgencia de ampliar la cultura política en nuestros países, y en particular, de consolidar la comprensión objetiva y desmitificadora sobre ese poderoso vecino del Norte, cuyo lugar y papel resulta de obligado conocimiento para entender la historia y la actualidad de América Latina. Según lo señala Juan Ramón Quintana Tabora, es imperioso “que se comprenda con mayor profundidad un proceso que es decisivo para el presente y el futuro de Nuestra América, y de que su estudio se convierta en una práctica cotidiana” (Quintana Tabora, 2019: 18). Sucede que con frecuencia se enmascaran o disfrazan las raíces de una secular hegemonía imperial (materializada en el caso latinoamericano en un sistema de dominación ya en crisis), y se dificulta ver su verdadera naturaleza, a menos que se disponga de algunas advertencias metodológicas, de claves descodificadoras básicas, de determinados referentes teóricos y conocimientos históricos. Esa visión es la que se ha difundido a través de la globalización, mezclada con

otra, que reduce a los Estados Unidos sólo a su definición como imperialismo, utilizando el término para denigrarlo, asumiendo únicamente su dimensión militarista, perdiendo de vista la connotación científica, multilateral de ese concepto, y olvidándose que es un país y una nación, con un sistema político, una sociedad y una cultura peculiares.

Cualquier estudio de dicho país que procure superar esas miradas, requiere de un análisis histórico-concreto que retenga momentos, antecedentes, contornos, revele tendencias, explique patrones de comportamiento. Que identifique secuencias en movimiento, antinomias, causas y efectos, distinga apariencias y realidades, discursos y hechos, contextos y textos, formas y contenidos, propiciando siempre la conexión entre las partes y la totalidad, reteniendo el entramado económico que condiciona los diferentes procesos políticos e ideológicos y que les sirve de marco, al imprimirle una fuerte connotación social y clasista. En el caso de los Estados Unidos, un requerimiento tan básico como lo anterior radica en la asunción del desarrollo capitalista allí, con sus rasgos generales y particularidades históricas, que le confieren a su expresión hegemónica imperialista la envergadura que le caracteriza en la actualidad en el sistema de relaciones internacionales (Hernández Martínez, 2009).

A menudo, en la literatura especializada se subestima el dinamismo y funcionalidad de los fenómenos políticos e ideológicos, y se les atribuyen características que en rigor no poseen, con lo cual les desdibujan. En este sentido es necesario tener presente, entre otras consideraciones de partida, que: (i) el Estado, el sistema político, el gobierno y la elite de poder en los Estados Unidos no



constituyen estructuras homogéneas, monolíticas, o como lo expresa la ciencia política, un “actor racional unificado”, en tanto expresa la diversidad de posiciones de los diferentes sectores que integran la clase dominante —la burguesía monopólica y su núcleo, la oligarquía financiera—, cuyos intereses coinciden en la lógica del sistema, pero varían en sus modos o estilos, y se manifiestan a través de diversas vías, entre las que sobresalen las instancias gubernamentales, los grupos de presión, los partidos, las corrientes ideológicas y los medios de comunicación; (ii) la sociedad norteamericana se distingue de la estructura estatal y de las Administraciones que se suceden en la Casa Blanca, toda vez que el pueblo que la compone y determinadas tradiciones son ajenos y a menudo, contrapuestos, a los designios imperiales, como suele suceder en las sociedades basadas en antagonismos clasistas; (iii) el debate político en ese país tiene lugar, por razones históricas, dentro de márgenes muy estrechos, de modo que las diferencias ideológicas y partidistas son reducidas, y más que contrapuestas, son contrastantes y complementarias, lo que implica que en rigor, ni a nivel de pensamiento (liberalismo y conservadurismo) ni de partidos (demócrata y republicano) lleven consigo diferencias irreconciliables, sino un gran parentesco; (iv) las elecciones allí no son procesos dirigidos a cambiar el sistema, sino a mantenerlo, reproducirlo y consolidarlo, de modo que aunque el liderazgo personal de la figura que ocupe la Sala

Oval, el partido al que represente y el que prevalezca en las dos instancias legislativas le imprimen particularidades al Senado, la Cámaras de Representantes y al gobierno que inicie un mandato como resultado de tales procesos, según se trate de elecciones de medio término o de contiendas presidenciales, en el fondo lo decisivo sea el interés del *establishment* o la Razón de Estado,<sup>1</sup> (v) por su naturaleza político-ideológica, los fenómenos y procesos señalados, expresivos de una impronta clasista, de relaciones de poder, son síntesis de múltiples determinaciones, en cuya articulación compleja a nivel de la superestructura y de las formas de conciencia social, las relaciones sociales de producción que conforman la estructura económica, actúan como la base de su dinamismo, pero no como el único factor determinante ni con inmediatez (Hernández Martínez, 2018). Como todos los elementos con connotaciones subjetivas no son entidades pasivas, sino activas, si bien ello se expresa a través de eslabones mediadores y en ocasiones, sus efectos pueden repercutir de modo muy gradual y lento, o hacerse visibles mucho tiempo después.

Las reflexiones planteadas se adscriben a una interpretación de la ideología y la política que las asume a partir de una constante interacción de la historia con la contemporaneidad. Es decir, hacen suya la idea, conocida sobre todo a través de Marx, de la conocida representación alegórica del viejo topo: en su interminable cavado de túneles bajo la tierra, el pequeño animal siempre

---

<sup>1</sup> El presente ensayo fue escrito algunas semanas antes de las elecciones de medio término, previstas para el mes de noviembre de 2022, por lo cual no se incluyen valoraciones sobre su significado, más allá de que por su propósito y carácter, el análisis expuesto no se detiene en coyunturas, y cuando las menciona en ocasiones, lo hace sólo como ilustración de procesos generales, de tendencias en despliegue y perspectivas.

acaba asomando la cabeza en la superficie por algún agujero. Así opera la historia, con su persistente e irrefutable significación, dado el peso de las evidencias y de los ajustes cognoscitivos que la acompañan, al cruzar miradas entre el pasado y el presente. Cuando el conocimiento histórico se desvincula del análisis del devenir ulterior y del presente, no es más que una herramienta estéril. Nada más gráfico que la acertada convicción según la cual “el pasado debe ser visto a través del presente”, y de que “el presente debe ser visto a través de su propio pasado; esa dialéctica del conocimiento es quizás la clave de la importancia del análisis y de los estudios históricos” (Rodríguez, 1989: 11). Desde esa perspectiva resultan muy ilustrativas, al mirar a los Estados Unidos desde Nuestra América, las palabras de Eduardo Galeano: “Ahora América es, para el mundo, nada más que los Estados Unidos. Nosotros habitamos, a lo sumo, una sub América, una América de segunda clase, de nebulosa significación. Es América Latina, la región de las venas abiertas” (Galeano, 2004: 16).

## Antecedentes necesarios

Al acercarse a su fin la década de 2010, la sociedad norteamericana se halla sumamente dividida e inmersa en diversas contradicciones. El país está signado tanto por acentuadas heterogeneidades clasistas, derivadas de la concentración del capital y la consiguiente polarización socioeconómica entre los poseedores y los desposeídos, entre ricos y pobres, como por conflictos políticos asociados al acceso a las cuotas de poder al interior de la clase dominante, que se manifiestan en las postu-

ras partidistas, pero al mismo tiempo, las trascienden.

Los Estados Unidos transitan aún por uno de los períodos de mayor conmoción de su historia reciente. A los efectos acumulados desde el decenio de 1980, provocados por la llamada Revolución Conservadora, se añadieron la repercusión del proceso electoral de 2000, cuya sobresaliente irregularidad, prolongación y fraudulencia, marcarían de modo simbólico el nacimiento del siglo XXI con un presidente republicano y conservador designado por la Corte Suprema. Los ataques terroristas perpetrados meses después, el 11 de septiembre de 2001, contra los emblemas del poder financiero y militar del país, en las Torres Gemelas y en instalaciones del Departamento de Defensa, agregarían un cuadro de crisis sin precedentes, que aportó a George W. Bush el respaldo y liderazgo del que carecía, iniciando así una doble Administración, que culminaría en callejones sin salida, en múltiples sentidos.

Las implicaciones institucionales de los atentados se plasmaron en notables ajustes en las estructuras estatales y legales, como los asociados a la promulgación de La Ley Patriótica, la aparición del Departamento de Seguridad Interna y el Comando Norte, lo cual estuvo acompañado de no menos relevantes repercusiones políticas, ideológicas y culturales, que propiciaron un clima de temor a nivel doméstico y nuevas concepciones en la base doctrinal de la proyección exterior y la seguridad nacional, junto al comienzo de lo que se bautizó como Guerra Global contra el Terrorismo.

En ese marco se definirían, a la vez, expectativas y frustraciones que, bajo el condicionamiento de los cambios internacionales,

les, conducirían a los gobiernos ulteriores como resultados de hartazgos y de búsquedas de nuevas opciones. El presidente actual, Donald Trump, republicano y conservador de extrema derecha, racista, misógino y xenófobo, que hace gala de supremacismo blanco, contrasta fuertemente con el anterior, Barack Obama, de piel negra, demócrata con cierto aire liberal, favorecedor de los inmigrantes y de la figura femenina. Ambos resultaron triunfadores en contiendas electorales en las que existía un definido rechazo a los gobiernos que terminaban sus mandatos. Esos mismos contextos serían los que propiciaron, en circunstancias específicas, alternativas de signos opuestos, como el *Tea Party* y *Occupy Wall Street*, o como la popularidad que alcanzaron figuras como las de Bernie Sanders y el propio Trump (Hernández Martínez, 2017).

Cuando se examina la sociedad norteamericana en la década precedente, al arribar a las elecciones presidenciales de 2008, quedaba claro que en el país se reclamaban cambios tanto en el orden objetivo como en el subjetivo. El cansancio acumulado, la crisis de confianza, el deterioro moral, el agotamiento ideológico del proyecto conservador sustentado por W. Bush, sus reverses económicos, el desencanto ciudadano, el clima psicológico de incertidumbre y temor, la ineficacia de la política exterior, la impopularidad de la gestión del presidente, configuraban un cuadro de desgaste que Obama capitalizó desde temprano durante el desarrollo de la campaña, ofreciendo un discurso y una consigna primero a favor del cambio (*change*), y en 2012 llamando a seguir adelante (*go forward*).

Por otra parte, al analizar desde sus inicios la campaña electoral de 2016, se ad-

vierte la creciente visibilidad de Trump como posible alternativa, alimentado ello por el resentimiento de una rencorosa clase obrera que había perdido sus empleos y de una clase media empobrecida, caracterizada por un nacionalismo chauvinista e intolerancia (Kagan, 2016). Estas expresiones reflejaban la frustración del sector de hombres blancos adultos, acumulada desde los años de 1960, a partir de hechos como la emancipación de la mujer, la lucha por los derechos civiles, las leyes para la igualdad social, el dinamismo del movimiento de la población negra y latina, de homosexuales y defensores del medio ambiente y de la paz, por considerar que le han ido restando poder y derechos, así como robando sus espacios de expresión. Se trata de ese sector poblacional que fue orgullo de la nación en los años de la segunda posguerra, sobre todo en los de 1950, pero que ha sido, según sus percepciones, maltratado por la última revolución tecnológica, la proyección externa de libre comercio y la crisis económica. Trump logró manipular las preocupaciones e intereses de ese segmento de votantes blancos (de trabajadores y de pequeños propietarios y comerciantes), muchos de ellos de bajos ingresos y nivel de educación, a quienes persuadió de que los extranjeros y los inmigrantes les estaban “robando” el país, y de que sus dificultades económicas tenían que ver con los tratados de libre comercio.

En resumen, en los Estados Unidos concurren hoy tendencias y contradicciones que se expresan a través de las corrientes de pensamiento (liberales y conservadores) y de los partidos políticos (demócratas y republicanos). A nivel interno, la nación ha permanecido marcada por dificultades económicas, promesas incumplidas, insatisfacciones populares, po-

larizaciones políticas, rivalidades ideológicas, en tanto que en el ámbito externo el país ha seguido inmerso en confrontaciones bélicas, dentro de un escenario mundial de crisis, conmociones sociales e inestabilidad política, lo cual también se refleja al interior de la sociedad norteamericana mediante contrapuntos y dilemas, según lo registran las tendencias de la opinión pública.

Entre los factores que han tenido mayor impacto y trascendencia en la situación mundial y en la vida común a lo largo y ancho de la sociedad contemporánea, el dinamismo de los Estados Unidos, tanto interno como externo, se ubica como uno de primerísimo orden, dada su condición de país líder del sistema capitalista de relaciones internacionales y, sobre todo, a partir de la connotación que el imperialismo asume allí, con todos los rasgos y tendencias que lo denotan como fenómeno integral.

El siglo XX finaliza en buena medida bajo el condicionamiento de los procesos económicos, políticos, militares y culturales que la proyección exterior norteamericana irradia e impone en el acontecer mundial. Los Estados Unidos lograron, en sentido general, avanzar en el proceso de restauración hegemónica en que se encontraba empeñado desde los años de 1980, que se extendió algo más de un decenio. Los acontecimientos que marcaron la siguiente década marcaron simbólicamente, de modo favorable, un nuevo momento para el imperialismo norteamericano, a pesar de los tropiezos e inconsecuencias de Clinton, al finalizar el período. Al desplome del socialismo como sistema, anticipado en los países de Europa del Este y representado para muchos en el derribo del muro de Berlín, unido a la ulterior desintegración de la Unión Soviética, siguió la Guerra del Golfo Árabe-Pérsico,

co, en la que los Estados Unidos hicieron gala de su tecnología bélica y de su maquinaria propagandística. Así, en los años de 1990, la consolidación del poderío militar y mediático norteamericano, junto a una relativa recuperación económica, una vigorización del consenso político interno y redefinición de las relaciones de concertación y alianza con los aliados imperialistas, condujo a una superación de la crisis hegemónica que enfrentaba el país desde fines de la década de 1970.

Aun y cuando ese proceso no pueda asumirse con una connotación absoluta, sino caracterizada por contradicciones y reacomodos, los Estados Unidos arriban al siglo XXI con una posición de hegemonía internacional renovada, en un mundo unipolar desde el punto de vista político, y con rasgos multipolares en el orden económico, definido por la globalización neoliberal y un paulatino renacer de conflictos en diferentes latitudes, alentados precisamente por el mayor grado de explotación y despojo que lograba el capital transnacional. Ese es el marco general dentro del cual tiene lugar el escandaloso proceso electoral del 2000 en la sociedad norteamericana, en que se establece la Administración de George W. Bush, en que tienen lugar los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, en que se despliega la beligerante ofensiva internacional de los Estados Unidos —a través de su presunta lucha contra el terrorismo, del nuevo enfoque de la política exterior militarista, denominada como “guerra preventiva”, que lleva primero a la invasión en Afganistán, y después a la prolongada guerra en Irak. Con ese telón de fondo es que, además, se llevan a cabo en 2004 las elecciones presidenciales, como resultado de las cuales se mantiene a W. Bush en la Casa Blanca

por un segundo período, lo que profundiza las perspectivas de turbulencia y conflicto en las relaciones internacionales.

Ese doble gobierno culmina con una acumulación de frustraciones en los Estados Unidos, en cuyo imaginario nacional se afianza una conciencia crítica de rechazo a sus políticas, sobre todo en la arena internacional, que expresa el agotamiento del proyecto conservador promovido desde las filas republicanas por W. Bush, creándose con ello las condiciones objetivas y subjetivas para el relevo partidista que tiene lugar en las elecciones de 2008, materializado en la victoria demócrata, simbolizada en la llegada a la presidencia de Barack Obama y en su reelección en 2012, un hombre de piel negra, con lo cual ocurría un fenómeno político sin precedentes, de difícil vaticinio, en la sociedad norteamericana. En sus dos mandatos, Obama avanzó con no poco éxito, a pesar de la imagen y expectativas que se construyeron acerca de su desempeño como liberal, en el esfuerzo por recomponer el sistema de dominación global. Asimismo, el triunfo electoral de Donald Trump en 2016, que significó el retorno de los republicanos, en un contexto de hastío con la herencia de Obama, significaría otro paso en la reestructuración de la estrategia imperialista dirigida a restaurar el hegemonismo de los Estados Unidos.

### **Algunas claves metodológicas y referentes teóricos: propuestas a considerar**

1. Los Estados Unidos se conformaron cual embrión de la que sería la primera nación moderna, anticipada en su

gestación incluso a experiencias europeas tempranas o la sociedad burguesa que nace de la revolución francesa, un decenio después. En su surgimiento se prefigura un Estado —apoyado en el cuerpo ideológico e institucional de documentos como la Declaración de Independencia y la Constitución de Filadelfia—, que antecede en el plano histórico al inicio de la era moderna, en su sentido convencional. La formación de la nación norteamericana que sigue a la Revolución de Independencia se funda en la segunda mitad del siglo XVIII a partir del conocimiento maduro de la teoría política más avanzada en el momento en que se da el proceso de constitución de su Estado nacional, que coincide con su independencia de Gran Bretaña (Hernández Martínez, 2010). Además de ser un país que nació con un régimen político liberal y que no ha tenido otro, los Estados Unidos son, al mismo tiempo, una nación que ha conocido una sola formación económico-social, la burguesa, articulada básicamente en torno a un modo de producción, el capitalista, que se dinamiza en el Norte, pero en amalgama con relaciones sociales como las esclavistas y la de servidumbre, inherentes a otros modos de producción y con rasgos propios, que se integraban al primero, conjugándose en el tejido de la estructura primario-exportadora inherente a la economía de plantación en el Sur. Como se sabe, ningún modo de producción se conforma cual fenómeno químicamente puro, sino a través de procesos que de manera

ecléctica mezclan diversas relaciones sociales de producción. Así se expresarían contradicciones y particularidades, como las inherentes en el capitalismo a los tipos de “productores propietarios” (*farmers and mechanics*) en el Norte y al régimen de esclavitud, consustancial a la producción algodonera en los estados sureños. En virtud de su papel dominante, el capitalismo tiende a reproducir desde sus inicios (a partir de las experiencias, de la influencia de las relaciones sociales de producción de que eran portadores, aún sin conciencia de serlo, y del imaginario colectivo que poseían los colonos ingleses), en el territorio de América del Norte, las estructuras de la sociedad británica de procedencia. De ahí que el mercantilismo y el capitalismo inglés trasladaran a ese ámbito colonial un conjunto de prácticas, de visiones y concepciones, es decir, una cultura (Hofstadter, 1984 y Hartz, 1991).

2. Los Estados Unidos vivieron su etapa de gestación y crecimiento como nación lejos de los centros de poder fundamentales en esas etapas. En tanto que al inicio el mundo era, según un criterio extendido, eurocéntrico, ese país estuvo en condiciones de regular su grado de participación en conflictos internacionales. Cuando se hizo independiente, en la última parte del siglo XVIII, fue un país que no quedó inmerso en la dinámica de las disputas internacionales. Se sustrajo, como se sabe, a los conflictos en Europa y se consagró al desarrollo de las fuerzas productivas, al desarrollo productivo,

tecnológico, científico, interno, sacando obvia ventaja a las potencias europeas y en particular, a Gran Bretaña, la nación hegemónica en el siglo XIX. A la par, los Estados Unidos libraron sus guerras en territorios ajenos, y la destrucción bélica la cargaron otros países. Por el contrario, pudieron reforzar su economía en tiempos de guerra, tener grandes avances industriales y ningún daño en su territorio. Esa fue la experiencia de las dos guerras mundiales. Corea, Vietnam, Yugoslavia, el Golfo Árabe-Pérsico, Afganistán, Irak, tuvieron lugar muy lejos del territorio norteamericano. De ahí que, hasta el 11 de septiembre de 2001, los Estados Unidos gozaran de un alto grado de seguridad interna (Hernández Martínez, 2003).

3. Elemento imprescindible a retener en el estudio de ese país, por su trascendencia histórica, estructural, cultural e internacional, es el temprano desarrollo capitalista norteamericano, en correspondencia con una muy temprana definición geopolítica, materializada en el proceso de expansión territorial, apoyada en soportes ideológicos como el de la convicción religiosa de ser un pueblo elegido por Dios con un rol mesiánico —plasmado en el Destino Manifiesto—, que justificaban el empleo de la violencia, acompañada de una concepción aislacionista y de neutralidad con respecto a los conflictos europeos, que buscaba la consolidación y ampliación del proyecto salido del acuerdo de las trece excolonias del Atlántico, con un claro énfasis en el afianzamiento de

su sistema político, que propicia el extraordinario crecimiento del territorio a lo largo del siglo XIX y de la economía norteamericana a finales del mismo, unido al tránsito del capitalismo premonopolista a la fase imperialista en los primeros decenios del XX (Gueerra, 2007).

4. Si bien los Estados Unidos han sido tradicionalmente un país laico en cuanto a su sistema político, han estado muy influenciados por una penetrante orientación de puritanismo religioso (en ocasiones, fanático), que se instala como factor orgánico en la cultura política nacional. En este sentido, aunque religión y política están separados a nivel de las estructuras políticas gubernamentales, en el ámbito de la cultura aparecen mezclados, especialmente ante situaciones difíciles o de crisis. Como ejemplos, pueden mencionarse las invocaciones religiosas de Truman, y su afirmación de que el documento político más importante en la historia estadounidense era la Biblia. En la década de 1980, Reagan hacía muchas alusiones al Todopoderoso en sus discursos sobre temas internacionales. Las frases al respecto de George W. Bush, después del 11 de septiembre de 2001, en las que aseguraba dialogar con Dios, fueron numerosas y bien conocidas (Gentile, 2014).
5. La declinación hegemónica de los Estados Unidos debe comprenderse en términos relativos. Desde las coordenadas del pensamiento crítico contemporáneo, es gráfico en este sentido un criterio como el de Ana Esther

Ceceña, al sostener que “la hegemonía estadounidense está en decadencia al mismo tiempo que se encuentra más fuerte y consolidada que nunca antes en la historia” (Ceceña, 2002: 181). Emir Sader lo ha precisado también al constatar que “si los Estados Unidos mantienen su superioridad en el plano económico, tecnológico, político y militar, aún con debilidades, se mantiene como la única superpotencia, aquella cuyos intereses y acciones afectan prácticamente a todos los rincones del mundo. El debilitamiento de la hegemonía estadounidense apunta hacia un período más o menos largo de turbulencias, de inestabilidades, de prolongada crisis hegemónica” (Sader, 2010: 14). Para Immanuel Wallerstein, “hay mucha diferencia en el análisis de la situación sobre si los Estados Unidos son hegemónicos o si resultan ser un poder hegemónico en declive o, si en el futuro, no serán de ninguna manera hegemónicos” (Wallerstein, 2003: 7). Según Giovanni Arrighi, “los Estados Unidos dominan, pero sin hegemonía” (Arrighi, 2007: 23). En opinión de Paul Kennedy, el entrecruzamiento de los efectos de las disímiles crisis que enfrenta ese país refleja una etapa de sobredimensionamiento imperial que puede conducir a la decadencia del imperialismo estadounidense (Kennedy, 1987).

6. En la sociedad norteamericana se aprecia la centralidad de un conjunto de percepciones, ideas y doctrinas políticas, constitutivas de una suerte de tronco común, que pueden considerarse como manifestaciones y nu-

trientes que forman un tejido ideológico, psicológico, cultural, marcado por expresiones conservadoras, inclusive de extrema derecha. Su implantación histórica se comprende a la luz del proceso de formación de la nación y de la ulterior trayectoria de los Estados Unidos, en la que se mezclan elementos del puritanismo religioso de raíz británica, del populismo rural y sureño, del sentimiento nativista, del nacionalismo chauvinista, de la glorificación del pasado, todo lo cual estimula una posición de aparente “defensa” del país y de su identidad (asumida como un dogmático “norteamericanismo”), que sostiene las posiciones ideológicas y políticas de enfrentamiento a las “amenazas” o a los “enemigos” (Orozco, 2008). Por encima de las visiones que con un prisma esquemático se han extendido, mostrando a la sociedad norteamericana como definida por una esencia liberal, que limitaba los espacios tradicionales al conservadurismo, ello no pasa de ser una imagen mítica, distorsionada. Lo que ha ocurrido más bien es lo contrario: los Estados Unidos son un país marcado por una nítida orientación conservadora, aunque ella adquiera su forma dentro de una matriz liberal. El conservadurismo norteamericano, por tanto, no ha sido algo totalmente contrapuesto, polarizado de manera absoluta —como sucedería en Europa—, al liberalismo. Aún habida cuenta de sus diferencias incuestionables, constituyen expresiones ideológicas de un mismo signo clasista: el

de la burguesía monopolista, y comparten lo que algunos autores han llamado el “credo” norteamericano. Así, el liberalismo y el conservadurismo, y la combinación de los enfoques pragmático e ideológico, han tenido su punto de convergencia en la concepción de “seguridad nacional” de los Estados Unidos, como necesidad del capitalismo monopolista de Estado y de la posición de liderazgo que ocupa en la arena internacional (Hernández Martínez, 2019). Al mismo tiempo, en virtud de ese entramado histórico, el desarrollo de expresiones ideológicas alternativas, identificables como de izquierda, portadoras de propuestas progresistas o emancipadoras radicales, se ha visto condicionado por la pujanza del sistema, cuya capacidad de reproducción y consolidación cultural ha limitado, neutralizado y hasta bloqueado sus espacios intelectuales y políticos, tanto en el plano de los movimientos sociales como de los partidos políticos, o conducido a su cooptación y asimilación. En esos contextos, el alcance de la izquierda en términos de posiciones en el sistema bipartidista y en el espectro ideológico de la sociedad norteamericana —tal y como se le concibe tradicionalmente, reduce a los polos conservadores y liberales, con zonas intermedias denominadas como “moderadas” —, no ha sido significativo, aún y cuando en determinados períodos hayan florecido expresiones socialdemócratas, trotskistas, comunistas y no pocas de índole contestataria o contracultural, como en



los años de 1960 (Hernández Martínez, 2015).

7. Hegemonía y dominación, como es bien conocido a partir de Gramsci, son expresiones complementarias del ejercicio del poder, que interrelacionan de forma dialéctica la ideología, el consenso y la coerción. Como función de la hegemonía, la seguridad nacional de los Estados Unidos, opera ideológicamente en un doble plano: en uno, de legitimación interna, y en otro, de apuntalamiento doctrinal de la política exterior. En realidad, la seguridad nacional es una noción resbaladiza, de una etiqueta de usos múltiples y universales, para connotar cualquier situación, interna o externa, que requiera la acción inmediata, priorizada, militar, costosa en términos humanos, económicos o políticos, por parte del gobierno norteamericano. Desde el punto de vista externo, el concepto en realidad posee una connotación transnacional, en el sentido de que se insertan en ella escenarios del llamado Tercer Mundo, en los que Estados Unidos lo que defiende, en rigor, no es su seguridad nacional, sino su hegemonía. Desde el ángulo interno, el concepto también se utiliza con gran diversidad y movilidad, para justificar cualquier atmósfera represiva. El mismo desborda el marco estrecho de la ideología política imperialista (entendida como representación teórica clasista de intereses de la oligarquía financiera y grupos de poder hegemónicos) y su expresión consciente al nivel de la conciencia de clase (impregnada no-

tablemente por la intransigencia extremista de los *wasps*). Se extiende o ramifica como parte de la cultura política en ese país, como resultado de un mecanismo psico-sociológico, expresándose con frecuencia, de manera inconsciente, en amplios sectores de la sociedad norteamericana de la mayor diversidad clasista, a través de la efectiva maquinaria de los medios de difusión masiva. Lo que se presenta habitualmente como seguridad nacional no lo es tanto, sino más bien de lo que se trata es de la seguridad de la clase dominante (o de sectores de ella), manipulada como interés común de toda la nación (Hernández Martínez, 2010). En fechas más recientes, el tema de la hegemonía renace con fuerza al calor de la disputa geopolítica global entre los Estados Unidos, China y Rusia (Gandásegui, 2017).

8. Otra característica de gran significación tiene que ver con una suerte de pauta que se ha ido estableciendo de modo gradual, a lo largo de la trayectoria norteamericana, especialmente durante el siglo XX, y de manera más visible en sus postrimerías. Es la concerniente a la creciente estrechez del universo ideológico que acompaña las confrontaciones partidistas y, en general, a la búsqueda de alternativas políticas. Dicho de otro modo: cada vez más se ha ido haciendo notorio que el debate político en los Estados Unidos tiene lugar dentro de un marco ideológico cada vez más estrecho. O sea, las opciones que brindan el conservadurismo y el liberalismo

tienden a distanciarse menos, o a parecerse más. Ello se manifiesta con particular fuerza a partir del decenio de 1980, ante el tratamiento de aquellas cuestiones vinculadas a los denominados intereses nacionales, o a la seguridad del país. Aunque no se decreta un enfoque bipartidista, lo cierto es que se hace válida una expresión gráfica, la que, aunque algo simplista, ya que no se cumple de manera absoluta, define en términos bastante gráficos la pauta mencionada: nada se parece tanto a un criterio liberal como otro conservador. Si bien la afirmación es esquemática, en cierta forma, habla de la identidad socioclasista que acuña a ambas expresiones ideológicas, como portadoras de intereses y posiciones de clase que comparten un mismo signo, el de la burguesía monopolista, con su carga de mentalidad tradicional, que remite en el fondo a las del wasp. Así, resulta conveniente que el análisis tome en cuenta con precisión el alcance real y contenidos de las propuestas ideológicas que las de las plataformas partidistas, dado que las dos orientaciones ideológicas básicas (liberalismo y conservadurismo) coexisten dentro de ambos partidos (demócrata y republicano). Se debe distinguir entre retórica y realidad, entre dichos y hechos, así como identificar las manipulaciones de que tales propuestas y acciones son objeto por parte de los medios de comunicación, especialmente en coyunturas electorales y de crisis (Hofstadter, 1984).

9. Es imperioso colocar en el centro de los estudios sobre los Estados Unidos los conceptos de imperialismo y de geopolítica. Al producirse el llamado “fin” de la Guerra Fría, a comienzos de la década de 1990, el término de imperialismo había prácticamente desaparecido del lenguaje periodístico, académico, partidista y gubernamental. Como lo señalara Atilio Boron, el irresistible ascenso del neoliberalismo como ideología de la globalización capitalista en las últimas dos décadas del siglo pasado conducía en unos casos a ignorar su significado conceptual y en otros, a cuestionar las premisas mismas de las teorías clásicas del imperialismo, formuladas por Hobson, Hilferding, Lenin, Bujarin y Rosa Luxemburgo (Boron, 2004). El auge del pensamiento único (bajo la confluencia ideológica del neoliberalismo, el posmodernismo, y de un renovado irracionalismo filosófico), conlleva una narrativa concentrada en la globalización y la posmodernidad, centrada más en visiones apocalípticas sobre el fin del mundo que en el fin del capitalismo.
10. Con ello se deja un lado al imperialismo, como algo anacrónico. Y el imperialismo sigue vigente. Ha cambiado, pero sigue siendo imperialista. Más allá de ciertas modificaciones en su morfología, sus componentes o rasgos estructurales, en esencia, son los mismos: los grandes monopolios de alcance transnacional y base nacional, fruto de la elevada concentración de la propiedad, de la propiedad y del capital, junto a los gobiernos de

los países metropolitanos o potencias imperialistas; las instituciones financieras internacionales, que integran una arquitectura mundial; los procesos de exportación de capitales, en interacción con una tendencia recíproca y complementaria, a partir de la cual el imperialismo también recibe los efectos importadores; y la continuidad del proceso geopolítico y geoeconómico, relacionado con el control de territorios, mercados, materias primas e inversiones. Por su diseño, propósito y funciones, esos elementos no hacen sino otra cosa que reproducir, consolidar y perpetuar la vieja estructura imperialista. Su lógica de funcionamiento no es la misma desde el punto de vista de la forma, pero en cuanto a sus contenidos y esencia sí lo es. Como también lo es la ideología que justifica su existencia, los actores que la dinamizan y los resultados de las relaciones de dominación y hegemónicas, de opresión, explotación y control que promueve. En este sentido, la práctica imperialista es, por definición, profundamente geopolítica. El sistema de dominación que construye no puede sino desarrollarse a partir del ejercicio del poder en todos los espacios, incluyendo en el siglo XXI, de manera prioritaria, el ideológico, el cultural y el cibernético. Más allá de los territorios y los océanos, la conquista de las mentes y los corazones se inserta en el centro mismo de la disputa hegemónica actual. Se impone pensar la geopolítica en términos de una geopolítica de la emancipación, cuya

visión confronte y deje claro los compromisos y límites de la geopolítica de la dominación (Hernández Martínez, 2021).

## **Reflexión final**

Lo expuesto ha intentado resumir los principales aspectos que reflejan el estado del conocimiento sobre los Estados Unidos en Nuestra América a través de un abreviado recorrido crítico por las visiones generadas por una literatura que tiende a reproducir estereotipos, falacias y mitos, que desdibujan la imprescindible mirada científica, con base histórica, sobre ese país, que sigue proyectándose como un “mal vecino”.

Según se ha señalado, es imprescindible tomar en consideración las contribuciones de autores ubicados en el pensamiento crítico contemporáneo —el latinoamericano y el estadounidense incluidos—, como fecundos aportes en el camino andado, para fertilizar con nuevos conocimientos y aplicando la concepción dialéctico-materialista de la historia, junto a la teoría marxista del imperialismo, el estudio del presente, conectándolo con las realidades de ayer y de mañana, así como con los problemas urgentes que plantea el sistema de dominación continental de los Estados Unidos.

Las propuestas metodológicas argumentadas y los referentes teóricos involucrados en el ensayo deben asumirse sólo como sugerencias, derivadas de la experiencia académica del autor, a manera de claves analíticas, en un caso, y en el otro, como ilustración de enfoques y autores cuya lectura crítica permite asimilar o cuestionar puntos de vista. Debe estar presente en posibles proyectos que se aus-

picien en la dirección señalada, de avanzar en el estudio de los Estados Unidos.

Los períodos de los gobiernos que se han sucedido en las ya más de dos décadas transcurridas en el presente siglo (los dos de W. Bush y de Obama, el único de Trump y el de Biden, que se halla en curso, resultando muy temprano para predecir si será el único o el primero, han tenido lugar en contextos de crisis y desajustes, como parte de un prolongado e inconcluso proceso de transición que opera como telón de fondo de las coyunturas electorales. En la trayectoria por tales gobiernos, más allá de su signo partidista, se aprecia una progresiva involución democrática de la sociedad es-

tadounidense, que pareciera indicar el agotamiento de la tradición política liberal, y el ascenso de una espiral conservadora, que incluye tendencias autoritarias, reaccionarias, de extremismo de derecha radical, con ribetes ideológicos cercanos al fascismo. El país se aproxima a otra contienda presidencial, la de 2024, en medio de grandes contradicciones y dilemas, sin que se adviertan proyecciones estratégicas que trasciendan las presiones que imponen las campañas electorales. El escenario ofrece una excelente oportunidad para interpretar la dinámica política de los Estados Unidos, utilizando las propuestas metodológicas y los referentes teóricos planteados.

## Referencias bibliográficas

- Arrighi, G. (2007): *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, Madrid: Akai.
- Boron, A. (2004): "Hegemonía e Imperialismo en el sistema Internacional", en Atilio A. Boron (Compilador), *Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales*. Buenos Aires: CLACSO/Libros.
- Ceceña, A. E. (2002): "La batalla de Afganistán", en Ana Esther Ceceña y Emir Sader (Coordinadores), *La Guerra Infinita, hegemonía y terror mundial*, Buenos Aires.
- Galeano, E. (2004): *Las venas abiertas de América Latina*, México: Siglo XXI Editores.
- Gandásegui, M. (Coordinador) (2017): *Estados Unidos y la nueva correlación de fuerzas internacional*. México: Siglo XXI Editores/CLACSO.
- Guerra, R. (2007): *La expansión territorial de los Estados Unidos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Gentile, M. (2014): "Cultura política e identidad en los Estados Unidos", en Jorge Hernández Martínez (Coordinador), *Estados Unidos y la lógica del imperialismo*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Hartz, L. (1991): *La tradición liberal en los Estados Unidos*, México: Fondo de Cultura Económico.
- Hernández Martínez, J. (2003): "Estados Unidos y el legado del 11 de septiembre: sociedad y cultura política en retrospectiva", *Cuba Socialista*, No. 28, CCPCC, La Habana.
- Hernández Martínez, J. (2009): "Miradas a los Estados Unidos. Historia y contemporaneidad", en *Temas*, No. 60, Ministerio de Cultura, octubre-diciembre, La Habana.
- Hernández Martínez, J. (2010): *Estados Unidos. Hegemonía, seguridad nacional y cultura política*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Hernández Martínez, J. (2015): "Estados Unidos: ideología y política en tiempos de transición", en *Temas*, No. 181-182, Ministerio de Cultura, enero-junio, La Habana.
- Hernández Martínez, J. (2017): "Estados Unidos en transición: El trumpismo entre procesos electorales y ciclos históricos", en *Huellas de Estados Unidos*, Catedra de Historia de Estados Unidos, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires.
- Hernández Martínez, J. (2018): "El imperio en su laberinto", en *Contexto Latinoamericano*, Vol. 3, Año 2, Segunda Época, La Habana/Bogotá: Editorial Ocean Sur.
- Hernández Martínez, J. (2019): *Estados Unidos: crisis política y contradicciones culturales*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

- Hernández Martínez, J. (2021): "Estados Unidos: hegemonía e imperialismo", en *Economía y Desarrollo*, No. 165, La Habana.
- Hofstadter, R. (1984): *La tradición política norteamericana y los hombres que la formaron*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Kagan, R. (2016): "Trump is the GOP's Frankenstein monster", en *The Washington Post*, February 26th, Washington D.C.
- Kennedy, P. (1987): *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, New York: Random House.
- Martí, J. (1975): "La verdad sobre los Estados Unidos", en *Patria*, Nueva York, 23 de marzo de 1894, *Obras Completas*. Tomo 28, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Orozco, J. L. (2008): *Érase una utopía en América. Los orígenes del pensamiento político norteamericano*, FCPyS, UNAM, México.
- Prieto Rozos, A. (2008): "Una visión cubana de la historia de los Estados Unidos", Jorge Hernández Martínez (Coordinador), *Los Estados Unidos a la luz del siglo XXI*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Quintana Tabora, J. R. (Coordinador) (2019): *América Latina en el proyecto de dominación de Estados Unidos*, Observatorio de Geopolítica, EGPP, La Paz.
- Rodríguez, P. P. (1989): "La dialéctica del conocimiento", *La Gaceta de Cuba*, mayo, La Habana.
- Sader, E. (2008): "Introducción", *Pensamiento Crítico Latinoamericano. Cuadernos CLACSO* (7 a 11) Santiago de Chile: Editorial Aún creemos en los sueños.
- San Martín, R. (2006): *Biografía del Tío Sam*, Tomo I, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Sánchez-Parodi, E. (2008): "¿E pluribus, unum? Reflexiones sobre las elecciones de 2004: antecedentes e incidencia en el futuro de los Estados Unidos de América", Jorge Hernández Martínez (Coordinador), *Los Estados Unidos a la luz del siglo XXI*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Wallerstein, I. (2003): "U.S. Weakness and the Struggle for Hegemony", en *Monthly Review*, Vo. 55, No. 3, July-August.